

Intromisión

Raúl Clavero Blázquez

-Disculpe – le pregunté al bedel -, ¿ha visto usted mi portafolios azul? Lo he buscado por todo el campus y no lo he encuentro. Es importante, ¿sabe? Guardo en él mis pautas para la clase de hoy.

-Por supuesto que lo he visto – contestó con su engolamiento de costumbre, desapareciendo un instante bajo su mostrador y regresando con mi portafolios abrazado contra su pecho. Me lo entregó sosteniéndolo sobre las palmas de sus manos, como si me estuviera ofreciendo una reliquia largo tiempo extraviada, y sonrió inclinando ligeramente la cabeza hacia adelante, en un gesto que trataba de disfrazar con amabilidad lo que a mí, en el fondo, se me antojaba como una más de sus burlas.

-Gracias.

-Me he permitido hacerle unas cuantas correcciones – añadió, mirándome fijamente.

Sentí que aquellas palabras me atravesaban sin compasión la piel, los huesos, la sangre, y no supe cómo responder. Ese hombre minúsculo, molesto como un millón de llagas en los labios, había traspasado la última frontera. O eso, al menos, es lo que creí entonces.

Desde que entré a trabajar como profesor adjunto en la Facultad de Humanidades, y durante meses, años quizá, el bedel no fue para mí nada más que una mancha borrosa en mi paisaje. Nuestra relación se limitaba a desgastados saludos de cortesía al encontrarnos en los pasillos o a breves conversaciones sin ningún significado profundo cuando me entregaba el correo. No sé precisar el momento exacto en el que él decidió que no tenía suficiente con aquellos ejercicios formales y se atrevió a establecer entre los dos una confianza que yo no le había concedido y que fue en aumento con el paso de los días, pero sí que recuerdo la frase que pronunció y que me hizo reparar realmente en su presencia.

-Muy interesante su lección de esta mañana.

Los dedos de mi mano derecha se quedaron extendidos, rígidos como ramas de un árbol seco, congelados antes de tomar el sobre que el bedel había dejado sobre mi mesa.

-Siempre que puedo, suelo colarme de oyente en su aula – dijo, como aclaración -. Espero que no le moleste, es usted tan brillante que no consigo resistir la tentación de sentarme entre los demás alumnos.

Quizá debí frenarlo en ese instante, decirle que todos cuantos asistían a mis asignaturas debían pagar una matrícula, exigirle que no volviera a hacerlo, pero tan sólo sonreí y negué levemente con la cabeza, acariciado por sus elogios, ahora lo comprendo, en la parte más ingobernable de mi vanidad.

-Sin embargo – continuó, entornando los ojos, como si se estuviera preparando para impartir una homilía -, no estoy muy convencido de toda esa historia del constructo social. Creo que cada individuo se define por sus actos, no por la cultura o la influencia del entorno. Debería usted explicar más teorías de antropología conductista, ¿no le parece?

Ver bailar a un hipopótamo en la cornisa de mi ventana me habría desconcertado menos que aquel arrebatado intelectual del bedel. Me miraba satisfecho, era un niño que esperara una gratificación tras recitar sin fallo la tabla de multiplicar.

-Márchese, por favor – le dije tras un largo silencio -, tengo mucho trabajo pendiente.

-Claro, claro. Disculpe – aceptó él, dando la media vuelta.

Desde entonces, cada vez que nos cruzábamos, el bedel insistía en comentar conmigo mis clases, los libros que leía, los programas culturales que había visto, o las exposiciones a las que había acudido. Yo nunca le respondía, hacerlo habría equivalido a concederle algún tipo de importancia, a ofrecerle una puerta de entrada a una discusión que establecería, inevitablemente, un hilo argumentativo infinito en un terreno profesional que yo quería mantener única y exclusivamente para mí, pero por algún motivo el bedel interpretaba mis

silencios no como un rechazo hacia ese vínculo que se empeñaba en fabricar entre nosotros, sino como una invitación para que siguiera hablando, y hablando, y hablando. Era tal la familiaridad con la que me trataba que incluso en una ocasión me regaló una chaqueta de tweed.

-Me he fijado en que su estilo es demasiado informal. Es usted un sabio y debe vestir como un sabio, eso le ayudará a proceder como un sabio. Nos definimos por nuestros actos, recuerde.

Con el transcurso de los meses, además, empezó a comportarse como si fuera un colega veterano que se viera obligado a rectificarme en cada uno de mis pequeños tropiezos de profesor inexperto. En sus ya habituales repasos a mis lecciones señalaba mis balbuceos, mis fallos al citar alguna fuente, mi generosidad en el reparto de calificaciones. A esas alturas ya no podía reprenderlo ni ofenderme por su descaro, su arrogancia me vencía, era un alud que aplastaba toda la seguridad que yo había tenido antaño en mis conocimientos, y por eso aquella tarde, al recuperar el portafolios, lo único que pude hacer fue darle las gracias y marcharme lejos, allá donde no me alcanzara su voz. Temblando me encerré en el cuarto de baño de la cafetería y comprobé las correcciones del bedel. Mis notas estaban llenas de tachaduras, de signos de exclamación en un rojo insultante, y de nombres de autores de los que no sabía prácticamente nada. Comencé a llorar, y una hora más tarde, subido y deshecho en la tarima de mi aula, ante las miradas incómodas de los estudiantes y el gesto censor del bedel, no tuve más remedio que seguir en la clase el esquema que él me había marcado.

Aquella noche fui incapaz de dormir. Cómo había sido tan débil, me preguntaba, cómo había permitido que ese hombrecillo insignificante se apoderase de mis pensamientos, del sentido último de mi trabajo, de mi vida, pues, ¿no es el oficio de cada ser humano lo que a fin de cuentas lo define?

-El ser humano se define por su trabajo, el ser humano es aquello que hace – repetí en voz alta, dándome cuenta, de pronto, de qué manera podía vengarme del bedel.

A la mañana siguiente aguardé en la entrada de la Facultad, escondido tras una columna, y en cuanto lo vi atravesar el patio con la fregona en la mano me precipité hacia el interior de su oficina. Aquello, tal y como había imaginado, era un completo desastre, y yo estaba dispuesto a enseñarle hasta qué punto es molesto que alguien se inmiscuya en tu empleo. Metí las cartas en sus casilleros correspondientes, reordené las llaves, y estaba encerando el mostrador cuando sonó el teléfono. Era el bedel, me citaba en mi propio despacho.

-Vaya a la biblioteca y tráigame *“Más allá de la libertad y la dignidad”* de Frederic Skinner.

Salí corriendo y le llevé el libro en menos de tres minutos. Empecé a demostrarle así que yo hacía su trabajo mucho mejor de lo que él lo había hecho jamás.

Ahora él es uno de los antropólogos más reputados del país, colabora como tertuliano en numerosos canales de televisión y ha escrito libros que se han vendido por millones, es cierto, pero también es verdad que en mi conserjería acabo de cumplir diez años sin perder un solo bolígrafo. La Asociación Nacional de Porteros me condecoró en la última junta. Estoy seguro que el bedel estará retorciéndose de envidia en su yate.